

La «poesía de mujeres de América Latina» no existe. O existe sólo como casillero recién descubierto en un mercado que disfraza su paternalismo mediante la proliferación de etiquetas que, por supuesto, sólo sirven para señalar a las minorías e impedir la percepción y el festejo de las diferencias. De modo que no voy a escribir sobre la poesía de mujeres en América Latina. Prefiero concentrarme en algunas voces tomadas al azar, a veces llevada por la admiración, otras por la afinidad, otras por la mera alegría que me producen ciertas poéticas yuxtapuestas, la promesa de libertad que esa misma variedad contiene. «Las cosas que digo son ciertas», dice un poema de Blanca Varela. Me gusta el tono de ese verso, de afirmación sin altisonancias, de manifiesto sin réplica ni exigencias. Yo querría hablar en ese tono como quien constata. Como quien celebra lo que hay y también lo que todavía no ha llegado a ser o no ha sabido conquistar. La inseguridad, los miedos, la soledad terrible están allí, cada vez que nos sentamos a escribir, pero también la luz, la exaltación, la posibilidad de comprender un poco más, de transformar eso que Ana Cristina Cesar llama «la maldad de escribir» en un acto que pueda consolarnos de todo lo que nos deja ausentes a nosotras, de nosotras mismas.

«Yo sé que la poesía es indispensable», escribí Apollinaire, «pero no sé para qué». A lo mejor es así sencillo, se pone una palabra en su lugar y el milagro se produce. Algo nos consuela entonces de las palabras vacías que se juntan sobre el mundo como catástrofes. Se trata de un matiz, una cualidad, un aspecto del silencio que representa acaso la forma más alta del espíritu de contradicción. No tiene otro país la poesía. Crece en medio de la indefensión, en medio de la ceguera, sin saber adónde va, si podrá retroceder, si ya volvió a empezar pero aún no se dio cuenta.

Viajeras del sueño, la sexualidad y lo fantasmático, del futuro antiguo de la infancia, del miedo, del exilio político y de género, de todo lo fallido y lo que desvía del discurso bienpensante, las poetisas mencionadas saben que el poema busca el blanco, sin distraerse de la riqueza que está escondida en lo ambiguo, lo inverosímil, lo inexplicable. Cada una a su manera enuncia la opacidad del mundo y así construye ese objeto abierto al lujo de la inteligencia y a la emoción «indecible» de lo imaginario, que es, desde siempre, el oficio terrestre del poema.

âœµ

Marosa Di Giorgio

Ayer conocí el nombre secreto de mi casa.

Era ya el atardecer, y todos paseaban, por la huerta,
el jardín, la calleja, donde las coliflores levantaban sus hermosas
puntas y tazas de plata. Ya ardía alguna estrella,
algún cometa y su cabello fatídico.

Entonces, tomé la lámpara, la más pequeña, fui, en puntas
de pie, hasta el armario. Busqué el libro, sigilosamente,
pasé hoja por hoja; hasta que todo empezó a temblar como
si estuviera por llegar la muerte, y todo se quedó inmóvil
como si ya hubiese llegado.

Y yo la vi, no la rosa encarnada que estás imaginando, ni rosa,
ni amarilla, ni una efectista rosa negra. Sólo un pimpollo
plano y claro, de pocos pétalos.

Parece de agua, una gema de mirra, parece un lirio.
La tarde caía como si fuera un siglo

âœ¶

Ana Cristina Cesar

Nada esta espuma

Por enfrentamiento del deseo

insisto en la maldad de escribir
pero no sé si la diosa sube a la superficie
o apenas me castiga con sus aullidos.

Desde la amura de este barco
quiero tanto los senos de la sirena.

âœµ

Elsa Cross

Palabras

Morada oscura del sentido,
prisión y límite
de lo que en el silencio se nos da.

Ah, palabras, que puedan todavía
hilvanar
tu imagen por ellas dispersadas.

En vano sus fuerzas reconcilian,
pues no salvan
el salto que va del habla
al pensamiento
y del pensar al ser ensimismado.

Vienen solas y dicen de la «cámaras blancas».

âœµ

Cristina Peri Rossi

Proyectos

Podríamos hacer un niño
y llevarlo al zoo los domingos.
Podríamos esperarlo
a la salida del colegio.
 ol iría descubriendo
en la procesión de nubes
toda la prehistoria.
Podríamos con él cumplir los años.

Pero no me gustaría que al llegar a la pubertad
un fascista de mierda le pegara un tiro.

âœµ

Blanca Varela

Las cosas que digo son ciertas

Un astro estalla en una pequeña plaza y un pájaro
    pierde los ojos y cae. Alrededor de él los
  hombres lloran y ven llegar la nueva estación. El río
    corre y arrastra entre sus fríos y confusos
brazos la oscura materia acumulada por años y años
    det s de las ventanas.

Un caballo muere y su alma vuela al cielo sonriendo
    con sus grandes dientes de madera
manchada por el rocío. Más tarde, entre los  ngeles, le
    crecer n negras y sedosas alas con que
espantar a las moscas.

Todo es perfecto. Estar encerrado en un pequeño
cuarto de hotel, estar herido, tirado e
impotente, mientras afuera cae la lluvia dulce,
    inesperada.

  Qué es lo que llega, lo que se precipita desde arriba y llena
    de sangre las hojas y de dorados
escombros las calles?

SÃ© que estoy enfermo de un pesado mal, lleno de un
Ã agua amarga, de una inclemente fiebre que
silba y espanta a quien la escucha. Mis amigos me
dejaron, mi loro ha muerto ya, y no puedo
evitar que las gentes y los animales huyan al mirar el
terrible y negro resplandor que deja mi
paso en las calles. He de almorzar solo siempre. Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã Ã
Ã Ã Es terrible.

i

Olga Orozco

Canto xiii

Se descolgÃ³ el silencio,
Sus atroces membranas desplegadas como las de un
Ã murciÃ©logo anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negaciÃ³n.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandÃ-bulas
igual que las mitades de una cÃpsula inepta para
Ã encerrar la almendra del destino.
Tu lengua es el Sahara retraÃ-do en la penumbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de cosas
Ã Ã y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los fugaces
Ã modelos de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin donde se
Ã ahoga el tiempo.
Tu cuerpo es una rÃ-gida armadura sin nadie,
sin mÃis peso que la luz que lo borra y lo amortaja en
Ã Ã lÃgrimas.
Tus uÃ±as desasidas de la inasible salvaciÃ³n
recorren desgarradoramente el reverso impensable,
el cordaje de un Ãxodo infinito en su acorde final.
Tu piel es una mancha de carbÃ³n sofocado que
Ã Ã atraviesa
la estera de los dÃ-as.

Ã

Ã

Ã

Ã Ã Ã Ã Ã Ã «Yo sÃ© que la poesÃ-a es indispensableÃ», escribiÃ³ Apollinaire, Ã«pero no sÃ© para quÃ©Ã». A lo mejor es a
sencillo, se pone una palabra en su lugar y el milagro se produce. Algo nos consuela entonces de las palabras vacÃ-as
que se juntan sobre el mundo como catÃstrofes. Se trata de un matiz, una cualidad, un aspecto del silencio que
representa acaso la forma mÃis alta del espÃritu de contradicciÃ³n. No tiene otro paÃ-s la poesÃ-a. Crece en medio de la
indefensiÃ³n, en medio de la ceguera, sin saber adÃnde va, si podrÃ retroceder, si ya volviÃ³ a empezar pero aÃn no se
dio cuenta.

Ã Ã Ã Ã Viajeras del sueÃo, la sexualidad y lo fantasmÃtico, del futuro antiguo de la infancia, del miedo, del exilio polÃtico y
de gÃnero, de todo lo fallido y lo que desvÃ-a del discurso bienpensante, las poetas mencionadas saben que el poema
busca el blanco, sin distraerse de la riqueza que estÃ escondida en lo ambiguo, lo inverosÃmil, lo inexplicable. Cada una
a su manera enuncia la opacidad del mundo y asÃ- construye ese objeto abierto al lujo de la inteligencia y a la emociÃ³n
â€œindecibleâ€ de lo imaginario, que es, desde siempre, el oficio terrestre del poema.

âœµ

Marosa Di Giorgio

Ayer conocÃ- el nombre secreto de mi casa.
Era ya el atardecer, y todos paseaban, por la huerta,
el jardÃ-n, la calleja, donde las coliflores levantaban sus hermosas

puntas y tazas de plata. Ya ardía alguna estrella,
algún cometa y su cabello fatídico.

Entonces, tomé la lámpara, la más pequeña, fui, en puntas
de pie, hasta el armario. Busqué el libro, sigilosamente,
pasé hoja por hoja; hasta que todo empezó a temblar como
si estuviera por llegar la muerte, y todo se quedó inmóvil
como si ya hubiese llegado.

Y yo la vi, no la rosa encarnada que estás imaginando, ni rosa,
ni amarilla, ni una efectista rosa negra. Sólo un pimpollo
plano y claro, de pocos pétalos.

Parece de agua, una gema de mármol, parece un lirio.
La tarde caía como si fuera un siglo

âœ¶

Ana Cristina Cesar

Nada esta espuma

Por enfrentamiento del deseo

insisto en la maldad de escribir
pero no sé si la diosa sube a la superficie
o apenas me castiga con sus aullidos.

Desde la amura de este barco
quiero tanto los senos de la sirena.

âœµ

Elsa Cross

Palabras

Morada oscura del sentido,
prisión y límite
de lo que en el silencio se nos da.

Ah, palabras, que puedan todavía
hilvanar
tu imagen por ellas dispersadas.

En vano sus fuerzas reconcilian,
pues no salvan
el salto que va del habla
al pensamiento
y del pensar al ser ensimismado.

Vienen solas y dicen de la «cámaras blancas».

âœµ

Cristina Peri Rossi

Proyectos

Podríamos hacer un niño
y llevarlo al zoo los domingos.
Podríamos esperarlo
a la salida del colegio.
Podríamos ir a descubriendo
en la procesión de nubes
toda la prehistoria.
Podríamos con él cumplir los años.

Pero no me gustaría que al llegar a la pubertad
un fascista de mierda le pegara un tiro.

âœµ

Blanca Varela

Las cosas que digo son ciertas

Un astro estalla en una pequeÃ±a plaza y un pÃ¡jaro
Â Â pierde los ojos y cae. Alrededor de Â©l los
Â Â hombres lloran y ven llegar la nueva estaciÃ³n. El rÃ-
Â Â corre y arrastra entre sus frÃ-os y confusos
brazos la oscura materia acumulada por aÃ±os y aÃ±os
Â Â detrÃs de las ventanas.

Un caballo muere y su alma vuela al cielo sonriendo
Â Â con sus grandes dientes de madera
manchada por el rocÃ-o. MÃs tarde, entre los Ãngeles, le
Â Â crecerÃn negras y sedosas alas con que
espantar a las moscas.

Todo es perfecto. Estar encerrado en un pequeÃ±o
cuarto de hotel, estar herido, tirado e
impotente, mientras afuera cae la lluvia dulce,
Â Â inesperada.

Â¿QuÃ© es lo que llega, lo que se precipita desde arriba y llena
Â Â de sangre las hojas y de dorados
escombros las calles?

SÃ© que estoy enfermo de un pesado mal, lleno de un
Â Â agua amarga, de una inclemente fiebre que
silba y espanta a quien la escucha. Mis amigos me
Â Â dejaron, mi loro ha muerto ya, y no puedo
evitar que las gentes y los animales huyan al mirar el
terrible y negro resplandor que deja mi
paso en las calles. He de almorzar solo siempre. Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â Â
Â Â Es terrible.

i

Olga Orozco

Canto xiii

Se descolgÃ³ el silencio,
Sus atroces membranas desplegadas como las de un
Â Â murciÃ©lago anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negaciÃ³n.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandÃ-bulas
igual que las mitades de una cÃpsula inepta para
Â encerrar la almendra del destino.
Tu lengua es el Sahara retraÃ-do en la penumbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de cosas
Â Â y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los fugaces
Â Â modelos de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin donde se
Â Â ahoga el tiempo.
Tu cuerpo es una rÃ-gida armadura sin nadie,
sin mÃs peso que la luz que lo borra y lo amortaja en
Â Â lÃgrimas.
Tus uÃas desasidas de la inasible salvaciÃ³n
recorren desgarradoramente el reverso impensable,
el cordaje de un Âxodo infinito en su acorde final.

Tu piel es una mancha de carbón sofocado que
   atraviesa
la estera de los días.